ALLENDE ESTADISTA: ¿TEORICO DE LA REVOLUCION?

Jaime Gazmuri. Ingeniero agrónomo. Ex-secretario general del Mapu-Obrero-Campesino y actualmente miembro del Comité Central del Partido Socialista de Chile (Núñez).

No cabe duda que Salvador Allende se ha convertido en la figura política más universal que ha producido Chile en su historia.

La epopeya de su muerte en La Moneda, ejercicio poco frecuente de coraje y dignidad, bastaría para asegurarle un lugar de privilegio en la galería de los latinoamericanos ilustres de este siglo.

La trascendencia de Allende, sin embargo, tiene que ver principalmente con la importancia del proceso histórico que encabezó —el del gobierno de la unidad popular—, con las esperanzas que despertó en su tiempo la posibilidad de conjugar plenamente el socialismo y la democracia, y con la conmoción de su derrota. Mal que nos pese, su antítesis —Augusto Pinochet— ha logrado simbolizar todo aquello que la civilización repudia en política.

El triunfo de la unidad popular en 1970 y la naturaleza del programa de transformaciones que se propuso realizar desde el gobierno sólo se pueden explicar en función de la larga historia de luchas y polémicas de la izquierda chilena —particularmente a partir de su unificación en el Frente de Acción Popular en 1957—, y de las características de la sociedad y la política chilenas en la década de los sesenta. En ese proceso Allende jugó un rol político de primera magnitud: fue el líder indiscutido de las masas que se identificaron con el proyecto histórico de la izquierda chilena por cerca de veinte años. Fue, así mismo, determinante su protagonismo durante los mil días del gobierno que presidió.

La figura y el mito de Allende tienen, pues, sólidas raíces de las qué alimentarse. Toda la izquierda chilena hace suyo su patrimonio ético y político, y con razón, pues fue quien con mayor tesón batalló por su unidad. El período de su gobierno constituyó una empresa común que marcó el punto más alto alcanzado por la izquierda en su historia.

A estas alturas no es tampoco aventurado afirmar que la figura del presidente Allende —una vez decantadas las ásperas y dramáticas luchas en las que participó en vida— se convertirá en un patrimonio de la nación chilena, y no sólo de quienes fueron sus seguidores.

La herencia de Allende, sin embargo, tiene también un aspecto más complejo y necesariamente polémico. Porque

Colaboración especial para el *Archivo Salvador Allende.*

no fue solo un hombre de acción y un político práctico, sino también un líder con un definido pensamiento respecto de las principales cuestiones que enfrentaba la revolución chilena. Sin ser un intelectual en el sentido estrecho del término, y compartiendo muchos de los elementos de la cultura política de su partido y de la izquierda de su época, es posible afirmar que Allende elaboró una vision propia y original del proceso que le correspondió encabezar. Visión que en determinados aspectos cruciales contradecía el sentido común dominante en la izquierda, y que —mirada con la perspectiva del tiempo— demostró ser mucho mas penetrante y lúcida que la de la mayoría de sus contemporáneos. Fue el caso de un indiscutido liderato político que no logró convertirse en la fuente de una hegemonía cultural respecto del movimiento que representaba y que —junto con los partidos— conducía.

Durante los largos años posteriores a la derrota se ha iniciado la recuperación de este aspecto particular de su herencia: la del Allende teórico de una vía original de construcción del socialismo. Para quienes nos formamos en el clima cultural de la izquierda de los sesenta, incluso hoy día la imagen de un Allende teórico nos parece desproporcionada, lindante casi en una apologética condenable.

Sin embargo, el análisis de los textos de su madurez como político y estadista —los principales de los cuales se presentan en El Archivo Salvador Allende— abruma con la evidencia de un presidente preocupado de dar un estatuto teórico a la vía chilena al socialismo y de medirse —en este plano— tanto con la tradición marxista, cuando con muchas de las concepciones dominantes de la izquierda. Su pensamiento podrá ser compartido o confrontado, pero no eludido. Para bien o para mal se preocupó de dejarlo por escrito en textos que, como sus tres mensajes al congreso pleno o el discurso cuando asumió la presidencia de la República, por su misma naturaleza y trascendencia fueron prolijamente trabajados. Aparece en ellos en primer plano el político y el gobernante, pero es notable en todos la preocupación por fijar una línea de pensamiento sobre las cuestiones más generales y de fondo implicadas en la experiencia inédita de un gobierno como el suyo.

Jorge Arrate, discutiendo las diversas denominaciones con que se intentaba atrapar la singularidad de la experiencia chilena —vía pacífica, no armada, institucional, democrática— ha propuesto con acierto la de "vía allendista al socialismo", significando con ella la existencia de un núcleo de pensamiento original.[1]

Como socialista me parece fundamental rescatar ese núcleo original del pensamiento allendista que, aunque no compartimos plenamente en los años cruciales del triunfo y la derrota de la unidad popular, es capaz de iluminar algunos de los dilemas contemporáneos del socialismo en Chile y América Latina. No se trata de sacralizar la herencia teórica de Allende, obviamente discutible y circunscrita a unos tiempos que irremisiblemente no son los nuestros. Largo y penoso ha sido el camino de superar una cultura marxista dogmática, libresca y escolástica. Ya sabemos que no existe el libro en el que se puedan desentrañar los rumbos de la historia. Se trata, simplemente, de avanzar sólidamente apoyados en la experiencia de quienes —como Allende— supieron, en su momento, mirar más largo y mejor que la mayoría de sus contemporáneos.

La revolución indispensable

El diagnóstico de los problemas principales que frenan el desarrollo de la nación y la naturaleza de las soluciones necesarias que realiza Allende, coinciden en lo fundamental con el pensamiento dominate de la izquierda de la época. El elemento propio en este plano es que obvía la discución que enfrascó durante largos años a socialistas y comunistas, respecto de la cuestión del carácter de la revolución: o democrática nacional o socialista. En su primer mensaje como presidente al congreso pleno ya se afirma directamente que la tarea que está planteada al país es la superación del capitalismo y la construcción de un nuevo régimen social: el socialismo. Más adelante —y en otros textos— se insistirá en que la construcción del socialismo no consiste en un acto único, que supone la maduración de determinadas condiciones, pero el objetivo final está planteado desde el comienzo con claridad. La novedad de su gobierno es el carácter explícitamente revolucionario de sus objetivos desde el mismo día que se ha instalado en el poder.

El concepto de revolución de Allende tiene una nítida filiación en el marxismo clásico: es un proceso de radical sustitución del modo de producción capitalista, de construcción de un nuevo orden jurídico y estatal y de creación de una cultura nueva.

"Hay en Allende una ambición de carácter histórico universal: construir un nuevo modelo de socialismo en el mundo, en un país ubicado en un rincón del planeta. Esta conciencia de la naturaleza singular de la experiencia chilena va mucho más allá de la discusión del problema de las 'vías nacionales', común en el debate de la época del movimiento revolucionario.
Lo característico del modelo socialista de Allende es su régimen político: pluralista, democrático y libertario."

La revolución es indispensable porque la situación de atraso del país obedece a causas estructurales:

> Las causas del atraso estuvieron —y están todavía— en el maridaje de las clases dominates tradicionales con la subordinación externa y con la explotación clasistas interna. Ellas lucraban con la apropiación de los excedentes producidos por los trabajadores, no dejando a estos sino un mínimo indispensable para reponer su capacidad de trabajo.

La tarea, entonces, consisten en "deshacer esta estructura constrictiva que genera un crecimiento deformado". De allí que en la visión de Allende —que en este aspecto es compartida por el conjunto de la unidad popular— la realización de profundas reformas estructurales se convierte en el objetivo prioritario del nuevo gobierno, ya que la remoción de "esta estructura constrictiva" es la condición indispensable de todo progreso.

A la distancia, impresiona la insistencia permantemente en la necesidad de realizar cabalmente el programa de la unidad popular en este aspecto. Ella va más allá del deseo del gobernante honesto de dar puntual cumpliemiento a sus promesas electorales: constituye el núcleo de realizaciones que justifican la existencia misma del gobierno popular. Este es visto —y presentado— como radicalmente distinto de todos los que anteriormente ha tenido el país, tanto por la naturaleza revolucionaria de su programa, cuanto por la firme voluntad de realizarlo. Estas afirmaciones se reiterarán desde el día del triunfo electoral de septiembre:

> .... de ninguna manera, vamos a claudicar, a comerciar el programa de la Unidad Popular, que fue la bandera del primer gobierno auténticamente democrático, popular, nacional y revolucionario de la historia de Chile.

Son asimismo claras desde el comienzo las transformaciones estructurales que el nuevo gobierno se propone realizar:

> hemos triunfado para derrotar definitivamente la explotación imperialista, para terminar con los monopolios, para hacer una seria y profunda reforma agraria, para controlar el comercio de importación y exportación, para nacionalizar, en fin, el crédito, pilares todos que harán factible el progreso de Chile, creando el capital social que impulsará nuestro desarrollo.

Sobre la base de estas modificaciones sutanciales en la estructura económico-social será necesario implementar un proceso simultáneo de construcción de una nueva economía, de modo que una suceda a la otra sin solución de continuidad, edificarla conservando al máximo la capacidad productiva y técnica que conseguimos pese a las vicisitudes del subdesarrollo. Durante el transcurso del proceso se harán patentes las dificultades para realizar estos propósitos debidas en parte a las resistencia de las clases dominantes, y también a la complejidad mayor de la prevista para generar excedentes mediante meros procedimientos expropiatiorios. Con todo, lo medular del programa de la Unidad Popular en el terreno socio-económico se mantendrá como un elemento central —e incontrovertible— del proyecto revolucionario. A lo más surgirá alguna discusión sobre los ritmos de aplicación de las reformas.

Pero la revolución no consiste solamente en la manera a través de la cual Chile puede crear las premisas de su desarrollo: constituye un proceso universal, una característica del mundo contemporáneo, una empresa históricamente posible y que apunta, en definitiva, a "la autosuperación de la propia condición humana, hasta ahora envilecida por la división entre privilegiados y desposeídos".

En el pensamiento de Allende están presentes con gran énfasis los elementos utópicos del marxismo clásico, así como su optimismo histórico respecto de las virtualidades de progreso de la sociedad contemporánea:

> Es este un tiempo inverosímil, que provee los medios materiales para realizar las utopías más generosas del pasado. Solo nos impide realizarlas el peso de una herencia de codicias, de miedos y de tradiciones institucionales obsoletas...

Es en la periferia del mundo capitalista desarrollado donde la revolucíon adquiere urgencias mas gramáticas. Sin embargo se trata de un proceso universal, en el que la lucha de los pueblo atrasados contribuirá también a la liberación de los países poderosos:

> La ordenación interna de todas las sociedades bajo la hegemonía de los desposeídos, la modificación de las relaciones de intercambio internacional exigidas por los pueblos expoliados, tendrán como consecuencia no solo liquidar la miseria y el atraso de los pobres, sino liberar a los paises poderosos de su condena al despotismo. Así como la emancipación del esclavo libera al amo, así la construcción socialista con que se enfrentan los pueblos de nuestro tiempo tiene sentido tanto para las naciones desheredadas como para las privilegiadas, ya que unas y otras arrojarán las cadenas que degradan su sociedad.

El proceso que inicia en Chile la existencia de un gobierno popular se vincula, entonces, a uno mayor, que apunta a escala planetaria a la superación del capitalismo. En este sentido no es casual la alusión a la revolución de octubre que hace Allende en su primer mensaje del congreso pleno. Ella le sirve para una doble operación teórica y política: para destacar la profunda originalidad del proyecto socialista que se propone realizar en Chile y al mismo tiempo su parentesco con las revoluciones socialistas contemporáneas. En esta doble afirmación se encuentra, á mi juicio, la clave del internacionalismo que caracterizó el pensamiento y la práctica del presidente Allende.

La revolución original: la primacía de la política

Uno de los ejes de la discusión de la izquierda de los años sesenta fue el de las vías de la revolución. A la tesis de que en Chile era posible acceder al gobierno —y luego al poder— por la vía pacífica, utilizando los mecanismos y las instituciones de un estado democrático de base capitalista, se oponían aquellos que sostenían la necesidad estratégica de la via armada. Se impuso finalmente el primer camino, sostenido en la época principalmente por Allende y los comunistas.

Sin embargo, para éste la originalidad del proceso chileno era más profunda y esencial, tenía no solo que ver con la cuestión táctico-estratégica de la forma de acceso al poder, sino con el tipo de sociedad socialista que se pretendía construir.

Hay en Allende una ambición de carácter histórico universal: construir un nuevo modelo de socialismo en el mundo, en un país ubicado en un rincón del planeta. Esta conciencia de la naturaleza singular de la experiencia chilena va mucho más allá de la discusión del problema de las "vías nacionales", común el debate de la época del movimiento revolucionario.

Lo característico del modelo socialista de Allende es su régimen político: pluralista, democrático y libertario. Es explícita su referencia a la novedad histórica de esta empresa: "Chile es hoy la primera nación de la tierra llamada

a conformar el segundo modelo de transición a la sociedad socialista".

Es también explicíta su referencia respecto del aspecto central que lo diferencia del "primer modelo":

"Allí (en la Rusia del año 17) se aceptó el reto y se edificó una de las formas de construcción de la sociedad socialista que es la dictadura del proletariado".

Lo peculiar de la nueva experiencia consiste entonces, esencialmente, en que la organización política no asumirá las formas estatales de la dictadura del proletariado. Es reiterada la afirmación de este elemento de novedad histórica respecto de toda la experiencia socialista contemporánea:

> ¿Sería demasiado sostener que nosotros los chilenos tenemos en las manos antiguos y nobles anhelos de la humanidad para encontrar soluciones nunca antes contempladas?
> ...Es lo menos que se puede admitir al evaluar nuestro intento, en germen todavía, pero más promisorio que cualquier otro, de crear una sociedad socialista en democracia, pluralismo y libertad.

La concepción de Allende sobre la vía chilena entraba en contradicción con la cultura leninista predominante en los principales partidos de la izquierda chilena en la década del sesenta. Esta admitía, a lo más, el carácter singular —nacional— de la forma de acceso al poder.

En lo demás, en Chile no podrían, eludirse las "leyes de la revolución". Una de las cuales —de acuerdo a la codificación del marxismo-leninismo al uso— era la necesidad de establecer la dictadura de las nuevas clases emergentes sobre las minorías desplazadas del poder. Podrían variar las formas de esta nueva dictadura de las mayorías, pero era ineludible su necesidad histórica. Libertad, si, pero no para los explotadores, era el consenso de la cultura dominante en la izquierda, salvo como una concesión impuesta por las circunstancias y las correlaciones de fuerzas.

La contradicción propia de la izquierda de esos años entre una práctica de permanente y consecuente lucha por afirmar y ampliar la democracia política y una teoría que no terminaba de hacer bien las cuentas con ella, en Allende estuvo enteramente ausente. Recogía una antigua tradición socialista, opacada en esos años pero no muerta, cuyo máximo exponente había sido Eugenio González y su programa del partido de 1947.

Durante los años de su gobierno, Allende en su polémica muchas veces implícita —otras abierta— con la cultura dominante de la izquierda, se preocupó de fundamentar su visión del proceso en el pensamiento del marxismo clásico. Así, en su primer discurso como presidente en ejercicio se apoyaba en las palabras de Engels:

> Puede concebirse la evolución pacífica de la vieja sociedad hacia la nueva, en los países donde la representación popular concentra todo el poder, donde, de acuerdo con la constitución, se puede hacer lo que se desee, desde el momento en que se tiene tras de sí a la mayoría de la nación.

Sin embargo la posibilidad de realizar una experiencia revolucionaria inédita se fundamenta basicamente en las características del desarrollo de Chile como nación y al mismo tiempo en una opción política y ética.

Allende realiza una lectura de la historia nacional en la cual rescata como un componente esencial de la personalidad histórica del país el haber resuelto los conflictos sociales y políticos por la vía de la acción política, como norma general:

> Si nos detenemos a meditar un momento y miramos hacia atrás en nuestra historia, los chilenos estamos orgullosos de haber logrado imponernos por la vía política, triunfando sobre la violencia. Esta es una noble tradición. Es una conquista imperecedera. En efecto a lo largo de nuestro permanente combate por la liberación, de la lenta y dura lucha por la igualdad y por la justicia, hemos preferido siempre resolver los conflictos sociales con los recursos de la persuación, con la acción política.

Rechazamos, nosotros los chilenos, en lo mas profundo de nuestras conciencias las luchas fratricidas. Pero sin renunciar jamás a reivindicar los derechos del pueblo. Nuestro escudo lo dice: Por la razón o la fuerza. Pero dice primero por la razón.

No se trata de una visión idílica de la historia, no se pinta una República donde ha reinado la armonía. El énfasis es que existe una tradición mediante la cual los antagonismos y las contradicciones de clase tienden a resolverse de manera fundamentalmente política. Esta tradición, por otra parte, es esencialmente popular: "nunca nuestro pueblo ha roto esta línea histórica... Las pocas quiebras históricas fueron siempre determinadas por las clases dominates".

El triunfo de la Unidad Popular y la emergencia de un gobierno que se propone alterar drásticamente el orden social forma parte de un largo y complejo proceso histórico, mediante el cual se hace posible el cambio sin una ruptura institucional, en la medida que las instituciones, si bien han servido de soporte al viejo orden, contienen también la acumulación progresiva de muchas conquistas populares. Entre ellas dos se destacan por su carácter permanente las libertades políticas y el principio de legalidad. Respecto de las primeras:

> ...las libertades políticas son una conquista en el penoso camino por su emancipación. Son parte de lo que hay de positivo en el periodo histórico que dejamos atrás. Y, por lo tanto deben permanecer...

Se trata de fortalecer las libertades políticas, pero al mismo tiempo de asegurar las condiciones materiales de su plena realización: "Las haremos reales, tangibles y concretas, ejercitables en la medida que conquistemos la libertad económica".

La legalidad también es reivindicada como una conquista popular y como un componente esencial del nuevo régimen socialista:

> El principio de legalidad rige hoy en Chile. Ha sido impuesto tras una lucha de muchas generaciones contra el absolutismo y la arbitrariedad en el ejercicio del poder del Estado. Es una conquista irreversible mientras exista diferencia entre gobernantes y gobernados.

La afirmación del principio de legalidad se acompaña de la exigencia de una profunda transormación del régimen jurídico, de manera de adecuarlo a los procesos de cambio económico sociales.

Para Allende la posibilidad de construir un nuevo modelo de socialismo surgen del pleno desarrollo de determinadas características de la evolución histórica del país, pero tambén de una opción de naturaleza ética y política. El objetivo de renunciar a la violencia y rescatar la supremacía de la política para la acción revolucionaria está estrechamente vinculado a la posibilidad de construir una sociedad socialista plenamente democrática:

> La guerra civil, cuando es impuesta el pueblo como única vía a la emancipación, condena a la rigidez política. La intervencion foránea, en su afán de mantener a cualquier precio su dominacion, hace autoritario el uso del poder. La miseria y el atraso generalizado dificultan el dinamismo de las instituciones políticas y el fortalecimiento de las organizaciones populares.

El esfuerzo en que se compromete como presidente de la República consiste en el ejercicio de una enérgica voluntad política para evitar que en Chile se den esas condiciones

de manera de "alcanzar la satisfacción de las aspiraciones populares dentro de nuestras tradiciones".

Las condiciones de la vía allendista

En los textos del Allende presidente se da un permanente contrapunto entre la certeza de que el país enfrenta un grande y hermoso desafío en términos de construir una sociedad más justa y libre, y la aguda conciencia de los inmensos obstáculos que es necesario enfrentar para ello. Domina finalmente su optimismo histórico, pero aparecen también —y cada vez con más fuerza en la medida que avanza el proceso— observaciones bastantes lúcidas sobre lo que podríamos denominar las condiciones para la viabilidad de la experiencia que encabeza. No se pretende en estas páginas un balance de ella, sino tan sólo una reflexión sobre el pensamiento de su principal protagonista. Nos parece de interés subrayar cómo Allende percibe dichas condiciones.

a) Paz civil, orden público y transformaciones revolucionarias

Es notable como Allende es capaz de asumir —en el terreno de las concepciones— la íntima relación entre el rechazo a la violencia como instrumento de transformación y la necesidad de que los conflictos y tensiones sociales agudos que necesariamente provocará la realización del programa de gobierno, se resuelvan mediante procedimientos políticos y en el marco institucional. Ello supone que las principales clases y actores políticos respeten las reglas del juego democrático o—al menos— que quienes intenten sobrepasarlas puedan ser políticamente aislados y sean incapaces de movilizar recursos militares de consideración. En el caso de Chile, ello suponía impedir que los sectores dispuestos al quiebre institucional puedieran contar con apoyos significativos en las fuerzas armadas.

La institucionalidad y el principio de legalidad en las nuevas condiciones creadas por la existencia de un Gobierno Popular juegan un papel fundamentalmente progresista, el Estado de la vieja sociedad no debe ser destruido sino profundamente transformado desde sí mismo, para dar origen a uno nuevo que exprese la nueva hegemonía social y política que realiza la revolución. En este cuadro las clases desplazadas tenderán a utilizar la violencia para detener el proceso y a crear una situación de guerra civil. Para el movimiento popular la tarea es frustrar ese diseño, garantizar la paz civil y realizar las transformaciones revolucionarias sin quiebra institucional:

> Régimen democrático y paz civil se implican de manera recíproca y lo que atenta contra uno atenta directamente contra el otro. Sólo en la medida que logremos mantener operantes y activos los mecanismos democráticos, podrá Chile vencer a quienes anhelan la violencia para imponer sus propósitos.

En tal situación la mantención del orden público adquiere una connotación nueva para las fuerzas de la transformación y la cultura de la izquierda:

> El gobierno ha cumplido y cumplirá su deber de preservar el orden público, al mismo tiempo que impulsa la transformación de la sociedad. Contrariamente a lo que ocurría en el pasado, el orden público ha dejado de estar al servicio del orden capitalista y es hoy un factor coadyuvante del avance del proceso revolucionario.

No es necesario recalcar los elementos de novedad de esta concepción sobre el rol de un Estado democrático, con un grado importante de desarrollo como el chileno, en el proceso de sustitución del capitalismo respecto de la ortodoxia leninista sobre el particular.

b) Un sistema institucional flexible

Sin perjuicio de las afirmaciones anotadas en el párrafo precedente para Allende es también claro que el marco institucional y el ordenamiento estatal heredados del capitalismo son incapaces de contener las nuevas relaciones económicas, culturales y de poder que se van gestando en el proceso revolucinario. La defensa que hace del principio de legalidad no se confunde con una visión estática ni conservadora de la institucionalidad vigente:

> ...al mismo tiempo es necesario adecuar las instituciones políticas a la nueva realidad. Por eso, en el momento oportuno someteremos a la voluntad soberana del pueblo la necesiad de reemplazar la actual Constitución, de fundamento liberal, por una Constitución de orientación socialista.

Para que ello sea posible resulta fundamental que las instituciones no se conviertan en un obstáculo para las transformaciones que van madurando en la sociedad. Para Allende ello es posible:

> Por mi parte declaro, señores miembros del congreso nacional, que fundándose esta institución en el voto popular, nada en su naturaleza misma le impide renovarse para convertirse en el parlamento del pueblo. Y afirmo que las fuerzas armadas chilenas y el cuerpo de carabineros, guardando fidelidad a su deber y a su tradición de no interferir en el proceso político, serán el respaldo de una ordenación social que corresponda a la voluntad expresada en los términos que la constitución establezca.

Si la naturaleza del sistema institucional no impide su propia transformación, el problema se traslada al terreno directamente político y a la actitud que asuman las diversas fuerzas frente al proceso en marcha. Es la apelación que realiza el presidente a las fuerzas representadas en el congreso:

> nuestro sistema legal debe ser modificado. De allí la gran responsabilidad de las cámaras en la hora presente... Del realismo del congreso depende, en gran medida, que a la legalidad capitalista suceda la legalidad socialista conforme a las transformaciones socioeconómicas que estamos implantando, sin que una fractura violenta de la juridicidad abra las puertas a arbitrariedades y excesos que, responsablemente, queremos evitar.

No existe, sin embargo, ni en Allende ni en la unidad popular una estrategia clara para conquistar una mayoría en el parlamento. Se asume que el proceso revolucionario descansa en el apoyo de los partidos de la coalición popular y se apela a que la democracia cristiana realice una oposición responsable y sea consecuente con sus postulados programáticos de 1970. La estrategia implícita era el crecimiento sostenido de los partidos de izquierda en función de las realizaciones del gobierno y el acuerdo puntual con el centro para determinados aspectos del progama, objetivos difíciles dada la tendencia del sistema de partidos políticos a mantener sus bases sociales de sustentación.

c) Organización popular, participación y poder de los trabajadores

Para Allende el desarrollo de la democracia va mucho mas allá de garantizar las libertades políticas y las reglas del juego de la democracia representativa. Estas no se niegan, al contrario se les atribuye como hemos visto —el valor de una conquista permanente y de componentes esenciales del orden político socialista al que se aspira.

El objetivo consiste, entonces, en sumar el pleno ejercicio de los derechos sociales a los políticos; en desarrollar la democracia económica y en crear múltiples canales de participación del pueblo —y en particular de los trabajadores— para la gestión y dirección de la vida social. En esta concepción la revolución no es un proceso que se realice fundamentalmente desde arriba —desde las alturas del estado— sino supone una creciente y múltiple participación de los ciudadanos en la gestión del poder. Se advierte en este aspecto la recuperación plena de la utopía de la autogestión de la sociedad tan presente en la tradición marxista original.

La democratización del mundo del trabajo y de la vida económica adquiere en esta visión una importancia primordial:

> La auténtica democracia exige la permanente presencia y participación del ciudadano en los asuntos comunes, la vivencia directa e inmediata de la problemática social de la que se es sujeto, que no puede limitarse a la entrega periódica de un mandato representativo. La democracia se vive, no se delega. Hacer vivir la democracia significa imponer las libertades sociales.

Refiriéndose a la nueva realidad que se iba creando en el sector estatizado de la economía e insistiendo que no se trataba solamente de cambiar las relaciones de propiedad sino de la organización y gestión de la producción, en 1972 Allende decía:

> De ese modo la mina, la fábrica, la oficina, la empresa agrícola comercial, irán perdiendo el aspecto inhumano, orientado exclusivamente hacia la búsqueda de ganancias que les confirió la sociedad capitalista, para adquirir la fisonomía de instituciones sociales que anticipen el cáracter socialista de la futura sociedad chilena, al volcar sus preocupaciones tanto a la producción y a la productividad, como a llenar las necesidades existenciales de belleza y felicidad de los trabajadores.

Desde el gobierno se promueve la participación popular en todos los ámbitos de la vida social y estatal, a través de múltiples organizaciones: consejos comunales campesinos, juntas de abastecimientos y precios en barrios y poblaciones en diversas estructuras de la administración. El movimiento sindical, asimismo, es un interlocutor privilegiado en la formulación de las políticas económicas y sociales.

Es claro que este proceso recogía una rica tradición de organización popular desarrollada durante decenios. Lo nuevo era que desde el poder del estado era alentada como un aspecto esencial de su proyecto político. Detrás de este aliento se percibe la fuerza de una concepción socialista libertaria:

> La actividad humana conforma un todo, aunque aparezcan fragmentadas sus manifestaciones concretas. Nuestros conciudadanos deben asumir responsabilidades directas en la toma de desiciones tanto en sus centros de residencia, como en sus centros de trabajo, y en la comunidad nacional.

d) La mantención del nivel de la actividad productiva

Una preocupación central del Allende gobernante es compatibilizar las profundas transofrmaciones estructurales que su gobierno se propone realizar con la mantención y la ampliación de los niveles de producción y productividad ya alcanzados en la economía. Existe la profunda intuición que la vía elegida para la construcción del socialismo supone evitar también quiebres abruptos en los procesos productivos, y que al mismo tiempo que las tensiones sociales tienden a expresarse inevitablemente en la economía. A estas certezas iniciales se suma luego la evidencia de que las clases amenazadas por el proceso, como también el gobierno norteamericano, han resuelto convertir el terreno económico en uno de los principales escenarios de la lucha política en curso. Este dato no hace sino reforzar la idea de que existe una estrecha vinculación entre las singularidades políticas de la vía chilena al socialismo, con aquellas que es necesario asegurar en el plano económico:

> El modelo político que mi gobierno está siguiendo para encaminarse al socialismo exige que la revolución socioeconómica tenga lugar simultáneamente con la expansión económica ininterrumpida. Esta es una empresa de duras proporciones. Si no somos capaces de llevarla a cabo, el proceso revolucionario proseguirá su curso a través de medios más inciertos y mucho más costosos que los actuales como demuestra elocuentemente la experiencia histórica de las revoluciones en el resto del mundo.

Es conocida la estrategia general seguida en este aspecto por el gobierno. Se pretendió realizar en un plazo relativamente corto, la expropiación de la gran minería, de la banca, de la industria monopólica y del latifundio con el objeto de crear una área de propiedad social dominante capaz de servir de base a una economía planificada democráticamente y generar los excedentes fundamentales para asegurar el desarrollo, y simultáneamente garantizar el pleno funcionamiento de una extensa área privada —subordinada a la anterior— de manera de aprovechar integralmente los recursos productivos de la nación.

En la base de esta estrategia estaba el propósito de romper la subordinación económica —y también política— de los sectores medios y pequeños de la burguesía productiva y comercial respecto de los sectores monópolicos y el capital trasnacional. En esta perspectiva Allende hacía la poco ortodoxa afirmación de que:

> la superación del capitalismo y transición al socialismo, de acuerdo con nuestro camino requiere la presencia y el aporte de la capacidad empresarial de una área activa de medianos y pequeños productores.

e) La preservación de la soberanía nacional

Para Allende la instauración de un gobierno como el que presidía significaba también una modificación sustancial de la ubicación internacional del país. La ruptura de la dependencia económica y política respecto de los Estados Unidos era un objetivo explícito y declarado desde el comienzo del nuevo régimen. Las evidencias de animosidad del gobierno norteamericano respecto de la experiencia que se iniciaba en Chile se hicieron presentes, asimismo, antes de que este entrara formalmente en funciones. Su política internacional partía de la premisa de que era fundamental evitar el aislamiento del país, proyectar la legitimidad institucional del

nuevo gobierno en los diversos organismos de la comunidad mundial, afirmar la inserción de Chile en América Latina, seguir una política de no alineamiento activo y multiplicar las vinculaciones económicas, políticas y culturales mediante el restablecimiento pleno de relaciones con todos los paises socialistas y la mantención y ampliación de las existentes con Europa Occidental. Tanto las condiciones de Chile, cuanto las opciones políticas del nuevo gobierno no significaban que su traducción en el terreno internacional consistiera en un simple cambio de campo: del capitalista al socialista. En este plano la vía chilena suponía afirmar el carácter latinoamericanista, no alineada y tercermunidista de su política internacional. La legitimidad interna del gobierno lo llevaba a afirmar su soberanía en el terreno del derecho internacional.

En la medida que crecía el cerco económico, diplomático y político de los Estados Unidos crece la apelación a la solidaridad de los sectores progresistas del mundo y la conciencia de que en Chile están en juego valores que interesan vitalmente al conjunto de las fuerzas antimperialistas:

> El mundo ve en nosotros la realización simultánea de algunas de las más trascendentales aspiraciones que interesan a la civilización actual: la lucha de un pueblo por su dignidad, por liberarse del dominio capitalista extranjero, por acabar con la opresión social de la clase dominante, por avanzar hacia el socialismo con libertades pluralistas y tolerancias de ideas y credos...
>
> En diversos países, no solo de América Latina, sino también de Europa, estamos presentes en el debate político interno. En ellos, las principales fuerzas en pugna, capitalistas y socialistas, nos toman como un punto de referencia. Los movimientos populares para defendernos y recoger la experiencia de la clase trabajadora chilena; los capitalistas, para detractarnos y loar su orden social, exagerando las dificultades inherentes a un país subdesarrollado y dependiente que lucha por su liberación.

NOTAS

1) Jorge Arrate, A Fuerza Democrática de la Idea Socialista.

2) Todas las citas de Salvador Allende utilizadas en este prológo, corresponden a textos que integran el volumen. Para no cansar al lector no se han incluido con referencia especifica en cada caso.